

**“Necesitamos
muchos nuevos
sacerdotes para
poder llegar a
quienes quieren
tener un encuentro
personal con Dios”**

El ya presbítero jiennense recibió ayer mismo la ordenación sacerdotal en Roma, de manos del cardenal Sarah. Tras impartir clases de Secundaria y Bachillerato en Andalucía, decidió escuchar la llamada de la vocación y lo dejó todo por la Iglesia

06/05/2018

Diario Jaén “Hago lo que Dios quiere” (PDF)

Antonio Vargas-Machuca, jiennense de 38 años, séptimo hijo de una familia de once hermanos, ha pasado muchas horas en las aulas. Primero al pie de la tarima, como alumno del colegio Altocastillo, estudiante de Química en las universidades de Granada y de Jaén y luego subido al entablao docente, como profesor de Secundaria y Bachillerato en el colegio Saladares de Almería. Hace un lustro marchó a Roma planteándose la posibilidad de ser sacerdote.

Ayer sábado 5 de mayo fue ordenado por el cardenal Robert Sarah, junto a otros treinta hombres de quince países, hijos espirituales de san

Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei.

—¿Qué le movió a ordenarse?

—Me han movido muchas cosas. Pero fundamentalmente dando este paso pienso que estoy haciendo algo que Dios quiere y que preparaba para mí. Me ha impulsado también el tiempo y esfuerzo que he dedicado a la educación como profesor, donde mi preocupación fundamental era ayudar a los demás a crecer. Cuando trabajaba en Almería, donde hay una mayor carencia de formación cristiana, me planteé la posibilidad de ordenarme sacerdote. Un día, un alumno del colegio Saladares me preguntó que por qué no me ordenaba sacerdote. No recuerdo bien el contexto de la conversación, pero esa pregunta me sirvió para llegar a discernir con más claridad la voluntad de Dios.

—A más de uno le habrá costado entender esta decisión...

—Pues no he tenido ningún amigo o conocido que se haya disgustado por mi ordenación. Entre mi familia y conocidos, las reacciones han sido muy favorables parecidas, con algunas sorpresas más o menos divertidas.

—¿Qué tipo de sorpresas?

—De pequeño he sido algo travieso, y entre tantos hermanos -soy el séptimo de once- no soy precisamente un modelo de seriedad o de vida tranquila. Quizás por eso varios primos, al enterarse de la noticia, me han dicho cosas como que “Vaya, ¿quién lo hubiera dicho? Con lo malo que eras de pequeño”. Y, en el fondo, realmente, tampoco he cambiado tanto

—¿Su familia está contenta?

—Muy contentos. Y no solo ellos. Muchos familiares se han alegrado por tener en la familia un hijo, hermano, sobrino, primo... sacerdote. Mi familia siempre ha procurado vivir con intensidad la vida cristiana, cada uno a su nivel y con sus circunstancias.

Cuando les comunique que me ordenaría, me enteré de que mis padres y algunos hermanos llevaban años pidiendo al Señor tener un hijo, o un hermano sacerdote. Así que esto no es una casualidad...

—¿Le servirá la experiencia adquirida en su trabajo anterior?

—Claro. Todo sirve. Creo que los años dedicados a la educación y a la formación de jóvenes me ayudarán a saber unir a las personas con Dios.

—Para ser sacerdote, ¿hace falta tener unas cualidades especiales? ¿Qué perfil se debe tener?

—Pienso que lo mejor es que el sacerdote sea una persona normal. Me refiero al carácter y a la mentalidad. Además, la misión que tenemos nos pide ser personas con mirada sobrenatural, con una fuerte vida de relación con Dios. Y a la vez, muy humanas, cercanas, para relacionarse con todo tipo de personas que tienen necesidad de en un contacto más intenso con Dios.

Me gustaría ser un sacerdote piadoso, alegre, optimista, generoso, disponible para todas las personas y todas las necesidades. Me parece que son aspectos que la gente valora especialmente del Papa Francisco.

—La sociedad actual genera soledad y falta de diálogo, muchos buscan respuestas y soluciones por uno mismo, fuera de la Iglesia o de instituciones. ¿Qué papel puede tener un sacerdote en el acompañamiento espiritual a personas, una a una?

—Aunque la sociedad actual favorece la soledad y la falta de diálogo, la gente está necesitada de los demás. De hecho, las soluciones que se buscan individualmente no nos llenan y con el paso del tiempo buscamos otra solución individualista y luego otra... Hasta que nos damos cuenta de que sólo encontramos la felicidad si mantenemos una relación viva y alegre con las personas que nos rodean. Y ¡qué mejor sitio que la Iglesia para encontrar este ambiente!

El acompañamiento espiritual ayuda a descubrir el sentido de nuestra vida, ver nuestra relación con respecto a Dios y a los demás.

—¿Qué espera la gente de un sacerdote? ¿Qué debe caracterizarle?

—Aunque antes he dicho algo, la verdad es que no me he atrevido a preguntárselo a la gente... (por si no doy la talla...) Supongo que buscan

en el sacerdote un punto de unión con Dios, una ayuda para encontrar a Cristo en los sacramentos. Esto exige que sea una persona cercana, asequible, disponible en todo momento y siempre coherente en su vida.

—¿Qué papel debe desempeñar el sacerdote hoy, un sacerdote en el siglo XXI? ¿Piensa que son necesarios muchos nuevos sacerdotes?

—En estos últimos años en Roma, he descubierto la maravilla de la universalidad de la Iglesia. He conocido sacerdotes de multitud de países. Y cuando me contaban el trabajo que hacían en su tierra, la primera conclusión que sacaba es que en todas partes hay mucha gente con deseos de tener una relación viva con Dios.

Pero lo segundo que he experimentado por estas conversaciones es algo de pena,

porque faltan sacerdotes para acompañar a tanta gente. En esos momento, me vienen a la cabeza las palabras de Jesús que aparecen en el Evangelio: “La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al señor de la mies que envíe obreros a su mies”. ¡Necesitamos muchos nuevos sacerdotes para poder llegar a quienes quieren tener un encuentro personal con Dios! Para la evangelización de los que no conocen todavía a Jesucristo, muchos sacerdotes más.

Javier Pereda Pereda

Diario Jaén